



JOSÉ MARÍA  
MUÑOZ QUIRÓS  
EL VENDEDOR  
DE ESCARCHA

Prólogo de  
Carmen Ruiz Barrionuevo

ARS  POETICA



## EL VENDEDOR DE ESCARCHA



José María Muñoz Quirós

# EL VENDEDOR DE ESCARCHA



ARS  POETICA



José María Muñoz Quirós

# EL VENDEDOR DE ESCARCHA

Prólogo de  
CARMEN RUIZ BARRIONUEVO

colección  
| CARPE DIEM |

ARS  POETICA  
*boutique de poesía*

*El vendedor de escarcha*  
José María Muñoz Quirós

Colección: CARPE DIEM  
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2017 José María Muñoz Quirós  
© 2017 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.  
[Sociedad editora]  
Mieres de Limanes, 17  
33199 Siero - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. administración: (+34) 985 792 892  
Tel. pedidos: (+34) 984 044 471  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: abril, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-946768-8-8  
ISBN (edición digital): 978-84-946768-9-5  
Depósito Legal: AS 00328-2017

Impreso en España  
Impreso por Ulzama

*Todos los derechos reservados.  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*



«Vuelvo a cantar, y a mi memoria acuden  
Las rústicas imágenes  
Que guardé en la retina  
De niño...»

MIGUEL TORGA



## LA POESÍA DE MUÑOZ QUIRÓS EN LA TRAYECTORIA EL INSTANTE

Desde la lejana fecha de 1982 en que José María Muñoz Quirós abrió su producción con *En una edad de voces*, el tiempo y la memoria han constituido el eje definidor de su hacer poético. Una treintena de títulos han ido jalonando su obra a partir de entonces y las sucesivas entregas denotan un constante interés en la búsqueda del sentido del ser humano en el mundo. Por eso la poesía de Muñoz Quirós es palabra en el tiempo, poesía del transcurso y del decurso temporal que en definitiva acecha a todo lo viviente y muy en especial al hombre como ser consciente y limitado. Ahora, *El vendedor de escarcha* plantea frente a su trayectoria precedente la novedad de su insistencia en la palabra como instrumento creador, la búsqueda a su través del mis-

terio de las cosas, la consciencia de que solo con ese aliado, limitado y a veces infértil, puede alcanzarse el objetivo.

Este tema del ahondamiento en lo esencial humano aparecía ya en su primer libro con un aditamento elegíaco que le llevaba a plantearse, siguiendo la estela de Fernando Pessoa, quien, mediante su heterónimo Álvaro de Campos, exigía «Ser cuanto vivió o yació en el lugar exacto de las tragedias de la sangre!», pero Muñoz Quirós hace suyo ese verso y lo desarrolla insistiendo en las imágenes corporales de pérdida que sin embargo buscan reflejar el camino a la esperanza. No en vano ese poema se titula «Elegía a modo de esperanza» y comienza: «Ser cuanto vivió o yació en el lugar de las tragedias de la sangre, / en los momentos amargos del desorden / perdonados por todos los jueces del destino, / la desidia o la nefasta corrupción de los mundos / que te cercan y se abren vencidos de rutina», para terminar con desolado gesto que modula la inevitable presencia de lo temporal: «cuando se abrían los puñales del tiempo / y el salitre del llanto corrompe la memoria».

Al revisar su ya larga trayectoria se observa que pocas veces el poeta se desvía de esa línea trascendental incurriendo en variaciones y en insistentes desarrollos que aparecen insertos incluso en libros en los que la

temática es otra, es el caso de *Carpe diem* (1987), en el que lo amoroso domina, o *Naufragios y otras islas* (1988), en el que persigue conocer ese mundo, penetrar en el misterio y hallar «la exacta materia del olvido». Pero es en la década de los años 90 cuando la poesía del poeta abulense se afianza en el intimismo, en la necesidad de aportar la mirada que despeja la luz sobre las cosas, pulsar su secreto, sorprender la soledad en lo invisible, descubrir sus formas, desentrañarlas. Y en realidad cualquier pregunta sobre el tiempo lleva indefectiblemente a inquirir acerca del final de lo que siempre es perecedero. *Quince años no es nada* (1997) hace referencia a la dimensión temporal de su propio inicio poético, por eso el poema «Carta», glosa de un verso de Ovidio («Padre, perdóname, no haré más versos», *Tristia*), instruye sobre lo ineludible de su propio oficio, especie de condena que se ejerce nacida de una honda vocación. Es decir, se percibe que, a medida que pasa el tiempo, los repliegues metapoéticos salpican sus versos de una mayor consciencia del propio destino. Y sin embargo la memoria y la búsqueda de otro tiempo, casi siempre anclado en la infancia comienza a asomar en un poema como «La casa de la abuela» (*Dibujo de la luz*, 1998) en el que se hace necesario el rescate de ese recuerdo, porque «La memoria / retorna hasta ese ayer hoy ya perdido, / hasta el vestigio de la no-

che ardiente». Esa recuperación de la infancia juega un importante papel en su poesía porque refuerza la temporalidad, como sucede en otros libros como *Las palabras distraídas* (2012), en el que ya se percibe con mayor potencia el intento metapoético en un texto titulado «El poeta»:

El poeta es esclavo de sus versos escritos,  
de sus palabras mudas, de sus silencios  
obsesivos, de sus grandes errores.  
Cuando un verso se muere entre otros  
versos, es que estamos perdidos. Damos  
a cada signo su valor y sabemos  
que podemos caer en esa trampa  
de la que nunca escaparemos.  
El poeta es un ser en la indigencia,  
un ave que se esconde entre las ramas,  
un cazador furtivo en descampado  
cercado siempre por su inteligencia. El poeta  
derriba los obstáculos del miedo  
cuando no encuentra otra salida, y huye  
a la deriva de su propio olvido.

Creo que en este y en otros varios títulos suyos podrían encontrarse algunos precedentes que manifiestan la coherencia con el resto de su obra del libro que

ahora tenemos ante nosotros, el más metapoético de todos los que ha publicado hasta ahora. El mismo título *El vendedor de escarcha*, con un epígrafe de Miguel Torga, «Vuelvo a cantar, y a mi memoria acuden / Las rústicas imágenes / Que guardé en la retina / de niño...» hace alusión a ese tema, obsesivo en su obra, del retorno, pero con una diferencia, el poemario que leemos no plantea ninguna referencialidad explícita de los momentos de la infancia, más bien persigue la indagación general, el planteamiento del poema en su hacer ligado al lenguaje y su imbricación con el ser humano que ejerce esta labor. El poema inicial se titula «El vendedor» y alcanza su sentido al convertirse en un contrafacto metafórico del poeta, un sujeto pleno de frágil sabiduría, con polaridades ponderadas que alcanza a estar alerta pero también vencido por la vida, con la misión de no dejar que la luz se derrame inútilmente en su pretensión de iluminar el mundo, porque, donde existe lo oscuro y lo nebuloso debe alcanzar la transparencia. Un ser cuya levedad es persistente e intensa al mismo tiempo, y es poseedor de ese misterio que le permite indagar en las claves esenciales de lo vivo. Los poemas que se leen a continuación dependen de este primer trazo y constituyen un itinerario, son casi en su totalidad poemas breves o muy breves en los que busca la condensación, algo que tampoco es de-

masiado frecuente en su obra, pues Muñoz Quirós es poeta de vena abundante, que gusta desarrollar la palabra sin temor en amplios poemas, rotundamente asediantes. No teme tampoco fortalecerse en los recursos poéticos de corte clásico como el manejo del endecasílabo, porque sabe bien que la exploración formal es hija de la lectura de las fuentes del pasado. Y un buen instrumento redundante en una mejor plasmación de toda producción.

*El vendedor de escarcha* inicia ese itinerario de búsqueda para confiarse a un lector con el que cuenta como cómplice para desentrañar la palabra creadora, porque lo que posee o vende es algo intangible, misterioso, tal vez inexistente e imposible. Pero es siempre algo que la mirada encuentra en el entorno natural del mundo. Frente a las cosas siente una responsabilidad que marca el intento de poseer el lenguaje y ese es un elemento de frágil esencia. Por ello un poema como «El miedo» expresa el temor ante lo desconocido y ante la conciencia del posible error en la búsqueda de la palabra no exacta que puede traicionar el sentido. Celoso del mundo y su belleza, no le resulta fácil comprender y plasmar el mensaje que emite todo ser, en especial porque es imposible la permanencia, todo se escribe y pervive un momento sorteando la temporalidad: son esencias volátiles que se permite perseguir hasta el



desaliento. Además el poeta entiende que como el mundo solo puede aprehenderse intuitivamente, es la simbología la que despliega el mejor instrumento y muchos de sus poemas son asedios a constantes que ya había trabajado en libros precedentes y que han ido tapizando su poética. Se trata del trazo de una simbología de lo acuático, de lo lumínico y de lo mineral que se integran en estos versos, sobre todo en la primera parte del libro. Es el caso de las imágenes lumínicas en poemas como «Pájaro en la luz», donde la mirada entraña también el tiempo pues la palabra muere al desnudar la luz, aunque permanezca la imagen del pájaro como un destello de libertad. O «Liturgia del tiempo» en el que la contemplación de la rebeldía de la naturaleza refuerza la temporalidad y recalca en la imagen de la estrella, luz lejana y frágil. También la aparición del sol en «Instante en mí» tiene parecido sentido pues constituye una captura del instante en la observación del astro y su acabamiento. En «Alas caídas», el sujeto poético se identifica con el viento y se convierte en un ser alado, especie de ser angélico que busca la luz consciente de que el mundo le habla un lenguaje que necesita trascender. Pero la simbología más frecuente está ligada al mundo acuático, imagería de antiquísima ascendencia en la creación literaria, poemas como «El deseo perdido» evoca la imagen de la fuente

que brota como metáfora creativa, pero también como testigo del fracaso, porque al final este deseo no encuentra objetivo alguno en ningún cuerpo, en ninguna palabra tangible. También en «Solitario mirar» el cauce del agua es siempre imagen del sentido creador inserto en la temporalidad, frente a la cual ese sujeto poético está desasistido ante el misterio de las cosas, y como solitario al borde de un precipicio. También «Hueco» como símbolo del mundo, con raíz en las oquedades vallejanas, es el vacío, lo oscuro, pero la palabra se derrama hacia las extensiones del agua. E incluso también en el brevísimo «Cauces» la imagen del agua contiene, en su silencio, el brote de lo temporal: «Sin ver / está en la fuente / brotando el agua. / Mudo estar callándose».

En este intenso y persistente itinerario emerge muchas veces el desánimo («Días oscuros») y la insistencia en la soledad creativa que el poeta busca romper en un necesario diálogo con el otro y consigo mismo, hay poemas que constituyen ese intento, no solo de buscar al otro dialogante y externo sino también al doble interno, a ese hombre que va dentro de la propia alma, por esa razón «Contigo» asedia ese intento y hace pensar en que todos estos los poemas son una comunicación consigo mismo y con un tú indefinido, porque termina: «Al fondo escribo / un mundo distanciado y

ausente, / olvidado contigo». Un gesto que hace recordar la necesidad de trascendencia y que la poesía es la comunicación de lo que es incomunicable o apenas comunicable, como dice Hilde Domin, quien además insiste en que la lírica «nos une con nosotros mismos, con el propio yo, nos une también con los otros, nos devuelve la posibilidad de comunicación» (*¿Para qué la lírica hoy?*). En esta línea el propósito se fortalece en «Memoria de ti» por la permanencia de la voz, del tiempo detenido en esa presencia del tú. «Pájaro amarillo» es quizá el poema que mejor expresa ese proceso, el de la culpabilidad frente al fracaso y la resistencia ante la dificultad de allanar el camino. Sin embargo pronto el tú enciende la mirada porque cuando se logra esa conexión con ese tú aparece la «leve presencia de las cosas» que irradian «junto al laberinto de las palabras». (No otra cosa podemos leer en algunos poemas de Octavio Paz). Los objetos alcanzan así una transparencia porque el tú propicia la imagen del pájaro amarillo que constituye el correlato del logro deseado. Llegados a este punto se percibe que la poética de Muñoz Quirós persigue y consiste en un ahondamiento en las galerías del alma, para contemplarlas y comprenderlas, desarrollando un trasiego por el mundo que supone una superación de toda necesaria soledad, ya que ese tú inevitable es el otro o el propio y miste-

rioso desdoblamiento del yo. En ese proceso de concreción se alcanza a lamentar la pérdida de la mirada antigua como bien expresa «La inocencia», poema en el que se asume el riesgo de la alteración de lo temporal porque «Y ya nada / retorna como entonces a las páginas nítidas del / mundo».

A partir del poema titulado «Destino» se fortalece la consistencia metapoética del libro y la necesidad de realizar la obra en un gesto de superación del tiempo en el que de consuno se alían las imágenes lumínicas que someten la oscuridad. Todo ello significa asumir un esfuerzo en el límite para robar la temporalidad de esa línea que se traza sobre metáforas de agua. Gran parte de los poemas que vienen a continuación inciden más en el proceso creativo, citemos algunos. «Condena» hace referencia a la página como destino, en la que la palabra permite congelar motivos naturales que pueden significar el comienzo de la realización; «Inicio del poema» alude a la dificultad de escribir la primera línea, el poema como trampa y como celebración de la palabra; «Inmensidad del lenguaje» es un canto a la captación de la imagen certera y necesaria que deja describir el instante; «Volver» refiere la implícita servidumbre del oficio: «La palabra/ inventará por ti todas las letras / de las cosas primeras». En «Fragilidad del signo» se expone cómo la palabra fija el misterio, lo

insondable de la forma. Otros poemas continúan la misma reflexión como «Frente a la palabra», donde aparece la duda y hasta la desolación. El lenguaje es entonces instrumento pero también «es la revelación de lo escondido», y en la quietud del agua desvela lo dormido porque «La palabra incendia el vivir indómito / del fuego». Como era de esperar este esfuerzo supone una dificultad y en «Frente al folio en blanco» aparece la inseguridad, alcanzando a constituirse este espacio como doble de la existencia, frente al cual se experimentan sentimientos contradictorios. Pero en ocasiones ese instante de tiempo se petrifica en la página («Sabor a nada») y cumple su destino rompiendo la mudez a la que la condena el fluir de lo temporal.

En este sesgo metapoético encajan unos pocos homenajes a poetas como a Gil de Biedma, Borges y el poema más largo «Elegía en lluvia blanca» evocación de José Ángel Valente, en el que la contemplación logra atraer las imágenes naturales en distintos momentos y conceptos, temporalidad, vacío, quietud, origen, renacimiento, apertura a las cosas verdaderas y la posibilidad de la esperanza con el retorno de la memoria. En el cumplimiento de este itinerario que va alcanzando su culminación toma sentido un poema como «La creación» porque apunta la posibilidad de la plasmación poética («Va dejando su paso en cada instante, /

en la voz que me llama y que recibo»). El libro termina con una presentida y necesaria esperanza, dos poemas como «Página de sol» y «Monólogo del agua» que remiten a la circularidad reflexiva de la compilación pues retoman los símbolos más emblemáticos de su poesía. En el primer poema, las cosas se aproximan en un viaje sin retorno, se enciende la luz, «Viaje al infinito / secreto de sus sílabas dormidas / en la carne desnuda de otro verso» y en «Monólogo del agua» la transparencia se encamina hacia ese lenguaje nuevo que efectúa ese tú en busca de la belleza: «El vendedor de escarcha se ha fundido / con el primer calor de la mañana». Para terminar: «Bebe el día / de la fuente de luz que va contigo». Con lo que se manifiesta de modo diáfano la dependencia de lo natural. Una dependencia simbólica e intuitiva que la poesía ha marcado en nuestras literaturas desde hace décadas y a cuya estirpe pertenece Muñoz Quirós. Tenemos entonces un final abierto a la comunicación y a la esperanza, a la superación de lo temporal mediante la palabra, lanzando siempre las ideas esenciales que tienen su expresión en la precisión y esencialidad del propio lenguaje que edifica este poemario en su denodado combate contra el tiempo.

CARMEN RUIZ BARRIONUEVO  
Universidad de Salamanca

## EL VENDEDOR

Sabiduría de cristal; estar  
vencido y vigilante, próximo.  
Y no dejar que se derrame  
la luz. Ser transparencia  
allí donde aparece la negritud  
y siembra en su dominio la niebla.  
Apostar por la intensa levedad,  
y que siempre te entregue su misterio  
el vendedor de escarcha.

## EL MIEDO

Habitas en lo nunca conocido,  
en ese error profundo que se esconde al nombrarte  
en los labios. Crees que ha sido  
solo una extraña forma de encerrarte en la jaula  
del miedo.

Estás celoso de la inocencia de las rosas,  
urdes el paso de tanta claridad  
por tus ojos,  
y tienes ganas de volar.

Sucede a menudo  
y no comprendes su mensaje  
escrito sobre el tiempo.

Estás vencido sin batallar.  
El olvido es solo el desaliento  
de una voz que se apaga.



## PÁJARO EN LA LUZ

En ese azul se esconde el día,  
cauce libre,  
cauce donde se entrañan esas horas.  
Muere  
el abismo, mueres tú,  
mueres siempre conmigo.  
En la medida de tus sílabas,  
al desnudar  
la luz,  
al encenderse, mueres  
despacio en la quietud  
que nace  
en el destello libre  
del vuelo hacia el olvido.